

ESCRITO EN EL AGUA
(Puente sobre el Saona, Lyon)

A Carlos Heusch

Verde Saona azul,
qué suerte verte,
esmeralda en la luz
lisa del puente.

Estaba yo de pie
frente al poniente
y oí tu breve voz
dulce y doliente

resbalar al suave
compás de la corriente
entre verdes espumas
de gris evanescente.

Sobre la piel del agua
veía yo el presente
fulgir sobre mi cuerpo,
fluir sobre mi mente

en verde y en azul
en una voz rompiente
enroscada en sí misma
como una serpiente

donde fluido y ser
confluyen: son simiente

del río que renace
de su misma corriente.

Verde Saona azul,
te pido solamente
que recuerdes mi son
cuando yo esté ausente,

como escuché yo hoy
de pie frente al poniente,
esmeralda en la luz,
tu dulce voz doliente.

Que tus aguas me digan
al pasar bajo el puente
e incorporen mi voz
a tu eterna corriente.

ESPEJO ROTO

A Pedro Cátedra

Como columnas en la luz se alzan
las ruinas de lo que fuera un muro,
la solidez de un resistente arco
o las volutas de un pisoteado capitel
en los que la unidad de un todo destruido
permanece más bella aún que en su realidad
porque del ser existen sólo los fragmentos
y la visión de lo disperso y roto multiplica
sentido y sensación
pues sólo en la ruina de las cosas
la belleza se nos permite ver.
Mas su visión nunca es conocimiento
como la sombra de un sonido
no llega a ser un eco
ni la memoria de un momento
equivale a su reconstrucción.
Nuestros cuerpos son físicos
y nosotros, mentales,
y nuestros ritmos no llegan a acordarse.
Siempre hay algo que nunca se acompasa
y tal vez sea eso lo que funda
nuestra desajustada percepción
—la de un tiempo que parece
contenerlos a todos,
y la de otro, que es
su negación. El libro
es el instante
en que coinciden ambas
como figuras de un tiempo paralelo

que anula sus instantes
pero no su durar;
como un sujeto en fuga
cuyo caballo –y no su silla–
se moviera, mientras los cascos
siguen golpeando el mismo suelo
sin que el jinete nunca sepa dónde está,
porque nuestra visión de la realidad
siempre es deforme.
Por eso, para verla, necesitamos
los espejos rotos que la deformen todavía más
a ella y a nosotros a la vez
en una síncope de simultáneos tiempos
en los que el yo coincida con el ello
y el ello sea la impresión conjunta
de un solo y mismo yo.
Un espejo roto es a veces el libro,
mas no siempre: sólo
cuando en él se anula
o se suspende el yo;
cuando se resta a la realidad
los factores de riesgo que le sobran:
entre ellos, la inútil pincelada
que a la íntima pureza de las cosas
añade la más impura oscuridad del yo.
Porque el yo, más que en la oscuridad,
habita en la penumbra
y es esa duermevela
la que impide, si no toda,
al menos sí parte de su visión.
Imaginemos, pues, un espejo convexo
que refleje los rasgos
de un yo y un mundo por completo opacos,

que opongan a los bastiones de la vista
lo deforme de su dual visión.
Imaginemos, pues, un yo que fuera
como un ornitorrinco: no de formas,
de tiempo, pues formas de tiempo
constituyen el yo.
Si cada fragmento del espejo
es una identidad, ¿cuál es la del yo,
que es un ornitorrinco disuelto
en las antiguas fronteras de sus símbolos
como reinos perdidos habitados
no por la negra luz que sus espacios tienen
sino por otra que ilumina la que un día tuvieron
y de la que nos llega, diluida en el eco,
no ella sino algo parecido a un temblor?
Para llegar al ser
le falta siempre una vuelta de rosca,
un apretón de tuerca.
Laberinto del yo
cuyo dolor en fuga nunca encuentra consuelo,
el arte es la sustancia más firme
sobre la que nuestra constante bancarrota
podría construir. Dibujamos así la ilusión
de una perenne nada intermitente
que libera sentido en los detalles
pero no en el conjunto ni en la totalidad.
De jóvenes creíamos en él
tanto como en la inteligencia,
la belleza y el cuerpo, y lo vivíamos
como una religión.
Los griegos creían en sus dioses
sólo porque tenían sus estatuas:
nosotros creíamos en el arte

porque nos daba la sensación de un yo
visible sólo en los márgenes
de sus imágenes borrosas y en aquel flujo
de opacas percepciones de uno mismo
que parecía devolvernos,
desde su fondo de vitrales rojos,
la misteriosa luz de un rosetón.
Pronto supimos que la vida tiene
una muy amplia paleta de colores
pero sólo un único pincel.
¿Qué fragmentos del yo
nos desvuelven las cosas
al sombrearse la luz
bajo los arcos de los templos
de los dioses muertos
y las leves columnas erigidas
sobre las que duró su breve resplandor?
Paisaje de ruinas
cuya visión nunca es conocimiento,
¿en qué espejo fijar lo que nunca es el yo
sino nuestra imperfecta lectura de las cosas?
Los libros nos devuelven
el extraño perfume no de ellas
sino de un instante feliz de su visión,
que es lo único que de ellas permanece
y no su cuerpo, su forma, su color.
Sólo ese instante que comunica el todo con el ello,
sólo ese instante que comunica el todo con el yo.
Ser ese instante es la misión del libro.
¿Por qué la luz nos llega como un eco
que no ilumina: que oscurece el yo?
¿Por qué la luz nos deja sólo un eco?
¿Por qué eso que siempre deja el eco

no es el eco ni la luz ni el yo?
Pierde sentido el yo entre las cosas:
se borra en ellas la sensación del yo
como se anula, en el aire de marzo,
el metálico azul de los reflejos.
Reflejo azul de cúpulas
en el aire metálico de marzo,
la niebla súbita del sucesivo yo:
sucesivas figuras borradas en el tiempo,
orquesta de fantasmas que ejecutan
la partitura anónima de un yo.
Es en la *terza rima* donde naufraga el nombre
como en el ser siempre naufraga el yo.